

Diana de Armas Wilson
University of Denver, Colorado

CERVANTES Y «LA MATERIA DE AMÉRICA»

LETRAS 29-30 (1994)

En estas páginas me voy a referir a algunos usos del tema de América en las obras más importantes de Cervantes: *Don Quijote* y el *Persiles*¹. Dicho sea de paso, hay muchas referencias al Nuevo Mundo en las otras obras de Cervantes; por ejemplo, el «cacao», en *La Gitanilla*, o «el tabaco» en *Viaje al Parnaso*, o «un caribe» en *El rufián viudo*². En el *Canto de Calíope*, largo poema intercalado en *La Galatea* (1585), Cervantes menciona en forma elogiosa nada menos que once poetas del Perú³. Tales alusiones americanas, aunque parezcan meramente ornamentales, nos exigen una lectura más atenta de la obra cervantina, dado que Cervantes fue uno de los escritores más fecundos e innovadores de su tiempo; y más al grano: que aquí todos somos americanos. Hoy se llevan a cabo en los Estados Unidos nuevas investigaciones sobre la interrelación entre ciertos textos literarios del Renacimiento

-
1. Esta es la versión escrita de la conferencia dictada por su autora en el Departamento de Filosofía, de la Universidad Nacional (Heredia, Costa Rica) en agosto de 1993. (N. E.).
 2. Ver Tampagos, en *El rufián viudo*: «Fuera yo un Polifemo, un antropófago, / Un troglodita, un Bárbaro Zoilo, / Un caimán, un caribe, un come-vivos...», Miguel de Cervantes, *Entremeses*, E. Asensio, ed. (Madrid: Castalia, 1970), p. 83. Tampagos también encarece lo que valía su mujer muerta: «¡He perdido una mina potosisca!». Y Mostrenca encarece la fama de Escarramán: «Han pasado a las Indias tu palmeo...». Ver además en el soneto de Campuzano, la aspiración picaresca: «Quiso pasarse a Indias un verano...».
 3. Ver José Toribio Medina, *Escritores americanos celebrados por Cervantes en el Canto de Calíope* (Santiago de Chile, 1926). Calíope hace notar algunos «señalados varones que en esta vuestra España viven, y algunos en las apartadas Indias a ella sujetas». La sección de su canto dedicado a los poetas americanos empieza: «De la región antártica...». El *Canto de Calíope* cervantino es, junto con el *Parnaso Atlántico* (1608), de Diego Mexía, y *Laurel de Apolo*, de Lope de Vega, los que ensalzan los «ingenios americanos».

y el imperio español en las colonias americanas⁴. Mi tesis en este trabajo es que ni *Don Quijote* con sus caballerías, ni el *Persiles* con sus peregrinaciones, habrían existido sin los acontecimientos del Nuevo Mundo. Las crónicas de Indias me parecen, en breve, textos primordiales para un nuevo acercamiento a Cervantes.

He adoptado el título de esta conferencia —«La materia de América»— de las categorías utilizadas por Jean Bodel, a fines del siglo XII, para describir la materia convencional de las narrativas medievales: «la materia de Bretaña / Francia / Roma» [*The Matter of Britain / France / Rome*]. El hecho de que *Don Quijote* sea una parodia de la literatura caballeresca de Francia y Bretaña ha sido, durante siglos, casi un lugar común entre cervantistas. Menos obvio es el hecho de que las formas anacrónicas de los libros de caballerías sobrevivieron —y casi se podría decir que florecieron— en otro género de literatura: las crónicas de la «conquista» de los pueblos de América. Hace ya casi cuarenta años que el gran historiador peruano Raúl Porras Barrenechea categorizó al *Quijote* como «una sátira benévola del conquistador de ínsulas o de Indias»⁵. Sin embargo, la crítica cervantina se ha resistido, casi hasta hoy, a establecer conexiones entre la obra de Cervantes y el proceso imperial que fabricó este tipo de conquistador de Indias.

Ha sido bastante señalada la reticencia de los europeos, desde el mismo Renacimiento, para incorporar a América en sus textos. Según el hispanista inglés J. H. Elliot, los autores españoles del siglo XVI se quedaron casi mudos frente a la realidad avasalladora del Nuevo Mundo; los lectores de la misma época parecían poco interesados en asuntos americanos; y el mismo Carlos V jamás mencionó América en sus *Memorias*. Este extraño silencio se extiende a las discusiones del Concilio de Trento⁶. Valdría la pena

4. Ver los estudios de Rolena Adorno, María Antonia Garcés, Mary Gaylord, Roland Greene, Walter Mignolo, José Piedra, Nicolás Wey-Gómez, Margarita Zamora, etc.
5. Aunque el género «sátira» —con sus connotaciones de malicia o indignación salvaje— parece demasiado fuerte aquí, el adjetivo «benévola» califica la sátira, moviéndola hacia la parodia. Raúl Porras Barrenechea, «Cervantes, La Camacha y Montilla», *El Inca Garcilaso en Montilla (1561-1614)* (Lima: San Marcos, 1955), p. 238.
6. La escasez de publicaciones, entre 1492 y 1507, de mapas del Nuevo Mundo (secretos de estado)

preguntarse por qué la empresa colonial les ha parecido marginal, y aún excéntrica, no sólo a los escritores españoles del siglo XVI, sino también a los hispanistas del siglo XX. La búsqueda de las razones de este elocuente silencio será una labor más amena, ya que la separación entre historiadores europeos y americanos —el denominado «divorcio historiográfico», según Elliot— ha sido inútil (en las bibliotecas norteamericanas la categoría *americana* no se integra realmente a la experiencia europea, sino hasta mediados del siglo XVII).

Cuando los españoles del siglo XVI trataban de incorporar a América en su campo de visión, el Nuevo Mundo se les apareció en los libros de caballerías, la referencia cultural más común de la época. Escritos en castellano y con ediciones conocidas que se fechan entre 1508 y 1602 —el mismo siglo de la Conquista— tales libros de caballerías eran extensos y, después de Cervantes, poco leídos: *Amadís de Gaula*, *Palmerín de Oliva*, *Palmerín de Inglaterra*, *Belianís de Grecia*, *Tirante el blanco*, y, entre muchas otras, las obras del prolífico Feliciano de Silva (cuyos escritos sobre «la razón de la sinrazón», le parecían a don Quijote «cosa de perlas»): Todo el mundo recuerda la pérdida del juicio de don Quijote —cómo el «celebro» se le seca «del poco dormir y del mucho leer»—. Cervantes aprovecha este momento para resumir el contenido de los peligrosísimos libros de caballerías: «Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos [sic] como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles».

El poder simbólico de los libros de caballerías fue enorme. Antes de enloquecer a don Quijote, inspiraron a San Ignacio de Loyola y a Santa Teresa. Y antes de los santos, inspiraron a los conquistadores. Hace ya casi medio siglo que Irving A. Leonard, catedrático norteamericano, documentó los libros de caballerías como la lectura predilecta de los conquistadores⁷.

no explican tal reticencia. Por un lado, los lectores europeos no mostraron «un gran interés» en los asuntos americanos, y por otro lado «brillaba por su ausencia el interés en los problemas americanos en los debates del Concilio de Trento»; ver J. H. Elliot, *The Old World and the New 1492-1650* (Cambridge: Cambridge University Press, 1970), pp. 8; 12-14 y 81.

7. Irving A. Leonard, *Books of the Brave* (Cambridge: Harvard University Press, 1949), traducido por el novelista guatemalteco Mario Monteforte Toledo como *Los libros del Conquistador* (México: Fondo de Cultura Económica, 1953).

Más recientemente, el historiador español Felipe Fernández-Armesto insiste en que Colón comenzó su empresa con una imagen que se derivaba de los libros de caballería⁸. Estas obras influyeron profundamente en el modo como los españoles escribían sobre su experiencia colonial (Green), y aun en la manera como lo hacían sobre los indios (Adorno)⁹. Con el propósito de evitar el «contagio» de los supuestamente inocentes indígenas, la exportación de los libros de caballerías a América se prohibió desde 1531. Los registros mercantiles documentan, sin embargo, la llegada al Nuevo Mundo de cajas enteras de este contrabando.

Los libros de caballería, en resumen, anticiparon lo que Europa llamó el «descubrimiento». El erudito español Manuel Alvar considera el código de la caballescía medieval como el principio que hace posible la transmisión del Nuevo Mundo para el Occidente¹⁰. Los libros de caballerías le otorgaron al Nuevo Mundo nombres para sus lugares geográficos, desde la Patagonia hasta California. Pocos norteamericanos saben, por ejemplo, que la palabra «California» se deriva de las *Sergas de Espladián*, de Garcí-Rodríguez de Montalvo (c. 1510). El fabuloso Espladián era el hijo del (igualmente famoso) Amadís de Gaula. En el capítulo 157 de ese tomo, California es una isla —a la derecha de las Indias, y «muy próxima al paraíso terrenal»— habitada por amazonas¹¹. Es posible que Montalvo haya derivado

-
8. Colón «began with one self-image, derived from chivalric romance». Ver Felipe Fernández-Armesto, «Social Climbing to the New World», reseña de William D. Phillips Jr., y Carla Rahn Phillips, *The Worlds of Christopher Columbus*, en *The New York Times Book Review* (15 de marzo de 1992), p. 29.
 9. Según Roland Green, el estilo de las crónicas del Nuevo Mundo muchas veces renovaba la lengua convencional del petrarquismo para expresar la experiencia colonial de los españoles. Ver Rolena Adorno, «Literary Production and Suppression: Reading and Writing about Amerindians in Colonial Spanish America», *Dispositio*, 11, 28-29, 1-25.
 10. Manuel Alvar, «Fantastic Tales and Chronicles of the Indies», traducido al inglés por Jennifer M. Lang, en René Jara & Nicholas Spadaccini, eds., *Amerindian Images and the Legacy of Columbus* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1992). Alvar alude al señalamiento de Stephen Gilman, para quien algunas de las características principales de los libros de caballería que sirvieron de marco a los detalles y descripciones del Nuevo Mundo. Ver Gilman, «Bernal Díaz del Castillo and Amadís de Gaula», *Studia Philologica* (Madrid: Gredos, 1961), 2:99-114.
 11. Ver cap. CLVII, «Del espantoso y no pensado socorro con que la reina Calafia en favor de los turcos al puerto de Constantinopla llegó».

sus amazonas de la «Isla de Matinino» descrita por Colón (*Diario*, 13 de enero de 1943), cambiando su nombre por el más poético de California¹². Bien conocida es la comparación caballeresca de Bernal Díaz del Castillo sobre la primera vista de la ciudad de Tenochtitlán: «Y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua»¹³. Cervantes —gran crítico de tales encantamientos— nos dice que la ciudad de «la gran Méjico» era «el espanto del mundo nuevo», y que se parecía a «la gran Venecia»; es decir, a un encantamiento menos imaginario (*El licenciado Vidriera*).

El *Quijote* nos anuncia con máxima claridad, en repetidas ocasiones, su propósito de «derribar la máquina mal fundada destes caballerescos libros», propósito que los contemporáneos de Cervantes (aunque no siempre la crítica cervantina) tomaron al pie de la letra. Dadas sus repetidas intenciones, ¿qué hubiera pensado Cervantes de las operaciones de esa misma «máquina» caballeresca en el Nuevo Mundo? Nada de lo que escribe Cervantes sobre el Nuevo Mundo tiene la autoridad del testigo. La oportunidad de serlo se la negó el mismo Imperio por quien se había sacrificado como soldado en Lepanto, cautivo en Argel, procurador de La Armada, y, en fin, recaudador de impuestos atrasados en el Reino de Granada. Poco tardó Cervantes en saber lo que era la miseria.

Un documento de propia mano de Cervantes, hallado en este siglo en los Archivos de Simancas, nos muestra su solicitud hecha al Rey, en 1582, para un puesto administrativo en las Indias. En 1590 Cervantes volvió a solicitar al Rey «de hacerle merced de un oficio en las Indias de los tres o cuatro que al presente están vac[í]os, que es el uno en la contaduría del Nuevo Reino de Granada, o la gobernación de la provincia de Soconusco en

12. Ver Dunn y Kelley, *Diario*, donde un indio le cuenta a Colón de la «isla de Matinino», que «era toda poblada de mugeres sin hombres» (13 de enero de 1943; p. 330).

13. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. de J. Ramírez Cabañas (México: Porrúa, 1967), p. 159. Manuel Alvar sugiere que «la clave» para las representaciones españolas de la ciudad de México sobre el agua puede hallarse en el capítulo XI del *Amadís* (citado en Gilman, art. cit., p. 11).

Guatemala, o contador de las galeras de Cartajena, o corregidor de la ciudad de la Paz».

Pasó la solicitud al Consejo de Indias, donde el Secretario (el doctor Núñez Morquecho) la contestó, escribiendo al pie de la página: «[Que] busque por acá en qué se le haga merced»¹⁴. Tal búsqueda, como vemos, no resultó en merced alguna en la España de Felipe II¹⁵. En *El celoso extremeño* (1605) hay una descripción del Nuevo Mundo que quizá surgió de su infructuoso intento de conseguir un cargo en las Indias. América, escribe Cervantes, es el «refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores..., añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos»¹⁶. Quizá nos sea útil el juicio de Jean Canavaggio, para quien si Cervantes hubiera conseguido ese puesto en las Indias, lo habríamos «perdido para la literatura». Cito del biógrafo: «Es imposible imaginar a Don Quijote y Sancho viniendo al mundo bajo los cielos de Colombia o Guatemala. A lo menos, su perfil hubiera sido diferente, y su fama ciertamente hubiera sufrido»¹⁷.

La materia americana en Cervantes depende, entonces, no de su autoridad como testigo sino de su curiosidad como lector. Cervantes confiesa esta curiosidad en el *Quijote* cuando nos explica la compra, un día en el Alcaná (mercado) de Toledo, de un manuscrito, con caracteres arábigos: «Yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles...» (I,9). Hay prueba de que Cervantes fue también aficionado a leer las crónicas, una familia textual que incluye —según los estudios coloniales

-
14. Ver Byron, p. 348. Para el texto completo, ver José Toribio Medina, «Cervantes americanista: Lo que dijo de los hombres y cosas de América», en *Estudios cervantinos* (Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1958), pp. 535-536.
 15. Ver el soneto al túmulo de Felipe II, aunque burlón y atrevido, Cervantes lo consideró la «honra principal» de sus obras.
 16. Ver las palabras sobre América en *La española inglesa*: «...las Indias, común refugio de los pobres generosos».
 17. Jean Canavaggio, *Cervantes*, trans J. R. Jones (New York: Norton, 1990), p. 156.

tan en boga en nuestras universidades— cartas, diarios, testimonios, memoranda, cuestionarios, proclamaciones reales, debates teológicos, bulas papales, deposiciones legales, inventarios, ensayos, historias, y poemas épicos¹⁸. Sabemos, por ejemplo, que Cervantes leyó una historia americana escrita en 1596 por Fray Agustín Dávila Padilla, sobre la orden predicadora dominicana en la provincia de Santiago de Méjico. La comedia cervantina *El rufián dichoso* se basa en tal historia. También sabemos que Cervantes leyó una épica sobre América, la única obra americana que aparece en el escrutinio de la biblioteca de Don Quijote: *La Araucana* del soldado-poeta don Alonso de Ercilla, hombre que vivió, según la crítica «no sólo su edad sino su época, la de la caballería andante»¹⁹. Cervantes menciona con encomio, al *citado* «don Alonso» en varios otros lugares de su obra literaria²⁰.

América en *Don Quijote*

La «materia de América» en el *Quijote* parece estar, a primera vista, limitada a cuestiones económicas. El texto menciona «las Indias» unas seis veces (I,8; I,29; I,39; I,42; II,54 y II,66); el «nuevo mundo», una vez (II,8); «América», una vez (I,48); «Nueva España», una vez (I,43); «Méjico», una vez (I,42); «el Perú», una vez (I,42); y «Potosí», dos veces (II,40 y II,71). La base común de casi todas estas referencias es que América es el lugar para enriquecerse, para hacerse un «indiano» (es decir, un español que regresa enriquecido de las Indias a la Península).

La sátira del conquistador de Indias aparece más alegóricamente. La vemos, por ejemplo, en el continuo discurso de Sancho sobre su posible

18. Walter Mignolo incluye en las *Crónicas de Indias* «cartas relatorias, relaciones, la crónica y la historia» (ver «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista», en *Historia de la literatura hispanoamericana*, tomo I: Época colonial (Madrid, 1982).

19. Según Ofelia Garza de del Castillo, *La Araucana*, p. xi.

20. Se menciona a «un don Alonso» en el «Canto de Calfope» de *La Galatea*, y se personifica en la persona del pastor Lauso, quien «fue cortesano y guerrero, habiendo visitado Asia y Europa» (Aguilar, p. 607). Se inspira en la obra ercillana para crear sus dramas *El gallardo español* (la frase «el gallardo español» aparece en *La Araucana*, canto II), y *La Numancia* (muchas afinidades materiales y formales existen entre *La Araucana* y *La Numancia*). Ver Joan Corominas, «Cervantes y Ercilla», en Michael D. McGaha, ed., *Cervantes and the Renaissance* (Easton, Pa.: Juan de la Cuesta Press, pp. 11-22).

ennoblecimiento: sus sueños de ínsulas y de gobiernos, sus deseos de convertirse en «algo» para fundar un linaje de «hidalgos» (es decir, de «hijos de algo»), y hasta sus planes para meterse en el tráfico de esclavos. Un pasaje que muchos quisieran que Cervantes hubiera omitido tiene que ver con la idea de Sancho de traer a sus hipotéticos vasallos negros a España, «donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título o algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida». Y concluye: «por negros que sean, los he de volver blancos o amarillos» [es decir, convertirlos en dinero de plata u oro] (I,29). Este pasaje representa, en mi opinión, o una sátira despiadada o una tragedia.

A don Quijote se le permite una alusión al Nuevo Mundo bastante retórica, cuando menciona al «cortesísimo Cortés», a quien exalta por haber «quemado los barcos» en su búsqueda de fama (II,8)²¹. Pero los deseos de Cortés tienen una genealogía más antigua. Tzvetan Todorov ha llamado a Colón «una especie de Quijote atrasado varios siglos». Me gustaría invertir la metáfora y llamar a don Quijote una especie de Colón varios siglos adelantado. El héroe de Cervantes se puede leer como una parodia de la mentalidad medieval, de los mismos actos lingüísticos que Colón, y muchos otros conquistadores que siguieron sus pasos, heredó de la literatura caballeresca.

Según Carlos Fuentes, hay un dicho en España que plantea que Cervantes y Colón son comparables porque ambos murieron sin entender la importancia de sus descubrimientos —para Colón, el continente de América; para Cervantes, el género de la novela—²². (Aunque aquí nos hemos referido a *Don Quijote* como la «primera novela moderna», conviene recordar que esa categoría genérica no existía para Cervantes y sus primeros lectores. *Don Quijote* fue, para ellos, un libro de caballerías, aunque fuese

21. El motivo de la «quema de las naves tras sí» se cristalizó por primera vez en la Segunda Carta de Cortés, que apareció en diversas ediciones y traducciones del siglo XVI, posteriores a su edición original de 1522. Del *corpus costesianum* (1519-26) sólo a las cartas primera y quinta no tuvo acceso Cervantes. El «Gran Hernando Cortés» también se menciona en *El licenciado Vidriera*; ver *Novelas ejemplares* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, p. 106).

22. Carlos Fuentes, *Don Quixote, or the Critique of Reading* (Austin: The University of Texas, 1976), p. 11. [Existe, desde luego, la versión del libro de Fuentes, en español: *Cervantes o la crítica de la lectura* (México: Mortiz, 1976), N. E.]

una especie burlesca del género). Otro paralelo propuesto entre Colón y don Quijote, a mi parecer bastante estéril, es el argumento de que ambos eran de origen «converso» (es decir, que sus antepasados eran judíos convertidos)²³. Me gustaría sugerir aquí algunos paralelos más psicológicos, más generativos, entre el Caballero de la Triste Figura y el triste «descubridor» de las Indias. Ambos sufren de una imaginación crédula; de una disposición hacia el encantamiento; de un afán por las ceremonias de nominación; de una ideología de certidumbres basada en la autoridad en vez de la experiencia; de una propensión por ajustar datos; de una inclinación a negar la humanidad de quienquiera que los confronte con noticias inesperadas; de un hábito de imponer juramentos a otros; y, por último, de un fanatismo por los libros, tomando al pie de la letra todo lo escrito.

Tal fanatismo contribuye, en ambas figuras, a una pasión por empresas anacrónicas —una pasión devoradora y, a veces, risible—. Colón mismo nos recuerda la respuesta de los Reyes Católicos cuando, antes de iniciar su proyecto, les pidió que gastasen las ganancias de esta empresa en la conquista del Santo Sepulcro en Jerusalén: «Vuestras altezas se rieron»²⁴. Aunque el plan de una cruzada organizada ya parecía, a fines del siglo XV, un tanto anacrónico, las ideas militantes de la caballería se mantuvieron activísimas. Con la Empresa de las Indias, tales ideas cruzaron el Atlántico para entrar en el discurso de las Crónicas de Indias.

Observemos un pasaje que documenta la influencia de los libros de caballería en el año 1600. Proviene de un manuscrito con el prosaico título de *Milicia y descripción de Indias*, escrito por un tal Bernardo de Vargas Machuca. Este individuo les recuerda a los españoles la fórmula convencional para la «toma de posesión» de cualquier pueblo en las Américas. Vestido con todas las armas y con la espada en mano, el conquistador, según Machuca, tenía que pronunciar —«arrebatañdose de cólera»— las siguientes

23. Jacob Wasserman hizo hincapié en lo que vio del curioso quijotismo de Cristóbal Colón, lo que a su vez pudo haber inspirado la bifurcación quijotismo-judaísmo, del libro de Madariaga sobre Colón, texto que habló en favor de la extracción judía de los españoles, basándose en sus hábitos y rasgos personales. El argumento judío no se encuentra bien documentado.

24. Dunn y Kelley, *Diario*, p. 290.

palabras: «Si hay alguna persona que lo pretenda contradecir, salga conmigo al campo, donde lo podrá batallar, el cual se lo aseguro, porque en su defensa ofrezco de morir ahora y en cualquier tiempo»²⁵.

Tales son palabras quijotescas. El discurso de este ultimátum, que tanto recuerda los desafíos de don Quijote, de veras los anticipa. Es parte de una trayectoria que vale la pena estudiar más cuidadosamente: la continuación literaria de los libros de caballería (medievales) a las *Crónicas de Indias* (siglo XVI), pasando a la novela de Cervantes (siglo XVII). Según Valentín de Pedro, América fue «el escenario donde por vez postrera anduvo la caballería andante, pues que muchos de los conquistadores participaron del sueño delirante de don Quijote»²⁶. Yo lo diría al revés: fue don Quijote el que participó de los sueños delirantes de los conquistadores.

América en el *Persiles*

Pasemos a la última obra de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro que gozó de considerable popularidad en las Indias durante el siglo XVII²⁷. Cervantes vio el *Persiles* como su obra maestra: «Según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible». Publicada en forma póstuma, en 1617, la obra dispone de la materia de América de un modo extraño y aún atrevido. Perteneciendo más a la tradición de la novela bizantina que a la de los libros de caballerías, el *Persiles* comparte con las *Crónicas de Indias* la retórica de lo maravilloso. Cervantes estructura su obra como un peregrinaje cristiano, animado por señas, apariciones y maravillas innumerables, y distinguido por «trabajos» continuos. En uno de esos «trabajos» (el cuento central de Feliciano de la

25. Ver Gonzalo Menéndez Pidal, *Imagen del mundo hacia 1570* (Madrid, 1944), p. 12; citado por Daniel P. Tresta, «Parodia y mitificación del Nuevo Mundo en el *Quijote*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 430 (1986), pp. 67-68.

26. Valentín de Pedro, *América en las letras españolas del Siglo de Oro* (Buenos Aires: Sudamericana, 1954), p. 78. Ver también, en la p. 80, una lista de los conquistadores, sus fantásticas proezas, y sus «palabras quijotescas». El autor nos recuerda que Miguel de Unamuno llamó en una ocasión a Simón Bolívar «el Quijote de América».

27. Ver Leonard, *Books...*, p. 111.

Voz y su hijo ilegítimo) encontramos una sorprendente alusión a «don Francisco Pizarro»²⁸.

Pero aquí me interesa hablar sólo de los primeros seis capítulos del *Persiles*, que, en mi opinión, funcionan como una sátira (y no muy benévola) de los actos simbólicos del Imperio español. Un editor del *Persiles* considera estos seis capítulos como un «largo comienzo repelente». Los protagonistas del *Persiles*, viajando hacia Roma como peregrinos europeos durante la década de 1560, caen prisioneros de una «gente bárbara». ¿Quiénes son esas gentes? Consideremos su etnografía: se visten en «pieles de animales, no cosidas, ni cortadas a medida, sino ceñidos por el cuerpo» (94); comen una dieta de «apetitoso marisco» (80), «diversos géneros de frutas secas» (85), y un tipo de «pan...que no era de trigo» [¿sería manioc o *cazabe* = harina de *yuca*?; tortillas o pan de maíz] (80); beben agua de «cortezas de árboles» (71); viajan sobre los ríos en «balsa[s] de maderos» (52) [no hay mención de «piraguas» o «canoas»]²⁹; hacen música con «chirimías» (61); pelean con arcos y flechas (con puntas «de pedernal») (53) y luchan con «puñales» (68); se comunican con los europeos algunas veces «por señas» (53), otras por medio de una «intérprete», una esclava llamada *Transila* (¿una especie de Malinche?) (62, 69); y compran doncellas de ciertos mercaderes, pagándoles o con «pedazos de oro no acuñado» (85), o con «preciosísimas perlas». Este último negocio recuerda una situación mencionada por Colón en su carta sobre el tercer viaje. En Santo Domingo, escribe Colón, se compran mujeres

28. La referencia alude al hijo del «verdadero» magistrado de Trujillo en 1607, que resulta ser descendiente del conquistador «of the maidenhead of Peru» (para usar la frase de Sir Walter Raleigh). Emparentado con Cervantes, por razones de su matrimonio, Francisco Pizarro y Juan de Orellana eran hermanos, e hijos de un don Fernando de Orellana, el *regidor* de Trujillo en 1607. Ver la nota de AVALLE-ARCE, al *Persiles*, en p. 288. Ver, además, la *Vida*, de Astrana, VI, 519; VII, 431-32, así como su Apéndice XXVII, pp. 746-50, a propósito de los documentos inéditos de los Pizarro y otros. Stelio Cro sostiene que esos nombres muestran la familiaridad de Cervantes «con las cosas de Indias» («Cervantes, el *Persiles*, y la historiografía indiana», *Anales de literatura hispanoamericana* (Madrid), 4 (1975), pp. 5-25).

29. Mientras Cervantes describe «una balsa de maderos, y atados unos con otros con fuertes bejuco y flexibles mimbres» (52), el Inca Garcilaso habla de «balsas...de cinco o de siete palos largos, atados unos con otros»; ver *Comentarios reales*, ed. de Aurelio Miró Quesada, tomo I (Caracas: Ayacucho, 1976), libro III, cap. XVI, p. 155.

como si fueran «labranca[s]»: «hay fartos [hartos] mercaderes que andan buscando muchachas...de todas edades ha[n] de tener un [precio] bueno»³⁰.

La última obra de Cervantes comienza en un lugar no de la Mancha, sino de la mente, en un *mapa mentis* europeo. A pesar de sus costumbres americanas, la Isla Bárbara del *Persiles* está situada en las tierras septentrionales de Europa, en el Mar Báltico, cerca de la actual isla de Gotlandia. Sospecho que tal lugar —junto con el título del *Persiles*, *Historia septentrional*— se deriva de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega (1609), texto que, según casi toda la crítica, Cervantes «leyó con detenimiento»³¹. Hay un pasaje en los *Comentarios reales* donde el Inca Garcilaso pinta a unos rivales de los Incas, los Chancas, quienes vivían en «el septentrión del Cuzco». Los Chancas habían sido «persuadidos de los demonios, sus dioses» (I.4.15) de hacer sacrificios humanos, situación muy parecida a la relatada en el *Persiles*, como veremos a continuación. Hay aún otro pasaje en los *Comentarios reales* donde el Inca Garcilaso menciona indios que viven «en las partes septentrionales, que corresponden a las regiones septentrionales *del mundo viejo*» (I.4.6; subrayo). Esta correspondencia entre regiones del mundo viejo y nuevo me parece importantísima, puesto que Cervantes hará la misma correspondencia en el *Persiles*, su llamada «historia septentrional».

Los habitantes de la Isla Bárbara practican un ritual que recuerda el así llamado «escándalo de los indios» (en palabras de Colón); es decir, son caníbales. Según el texto: «Buscan corazones que abrasar» (58), con cuyas cenizas podrán identificar al padre de un conquistador «del mundo» —una figura metafísica— que los bárbaros esperan³². Una doncella (Taurisa) le explica al héroe la «impertinente profecía» de los bárbaros: tienen entre sí

30. Colón le escribe al ama del príncipe don Juan de Castilla. Ver Cecil Jane, ed. *The Four Voyages of Columbus*, p. 61.

31. Ver la edición de 1914, de Schevill y Bonilla, del *Persiles*.

32. Esto está en contraste con el canibalismo «de sobrevivencia» representado en *La Numancia*, texto que con justeza Carroll Johnson percibe como ambivalente al imperio. Los sitiados numantinos —«bárbaros» que por su libertad luchaban contra el agresor imperio romano— tenían la orden de matar y esparcir los cuerpos mutilados de los prisioneros romanos. El hecho

por cosa inviolable y cierta, persuadidos, o ya del demonio, o ya de un antiguo hechicero a quien ellos tienen por sapientísimo varón, que de entre ellos ha de salir un rey que conquiste y gane gran parte del mundo; este rey que esperan no saben quién ha de ser, y para saberlo, aquel hechicero les dio esta orden: que sacrificasen todos los hombres que a su ínsula llegasen, de cuyos corazones (digo, de cada uno de por sí), «hiciesen polvos, y los diesen a beber a los bárbaros más principales de la ínsula, con expresa orden que, el que los pasase *sin torcer el rostro* ni dar muestra de que le sabía mal, le alzase por su rey; pero no ha de ser éste el que conquiste el mundo, sino un hijo suyo» (57).

Consideramos ahora, como posibles antecedentes de estos bárbaros, a las tribus preincaicas, a quienes el Inca Garcilaso describe —a lo largo de seis capítulos de sus *Comentarios reales*— «barbarísimos fuera de todo encarecimiento» (I.1.14). También se vestían «con pieles de animales» (I.1.13), y también «hacían sacrificios muy bárbaros» (I.1.20). Eran «américimos de carne humana» (I.1.12), y aun de corazones abrasados: «Quemaban...el corazón y los pulmones hasta consumirlos» (I.1.11)³³. La búsqueda de toda formulación objetiva sobre la verdad de los sacrificios humanos entre ésta u otra tribu de amerindios me parece inútil aquí³⁴. Lo que importa es la imagen literaria de la barbarie panandina que el Inca Garcilaso le ofreció a Cervantes.

de que *La Numancia* sea un texto ambivalente puede quedar mostrado en sus dispares lecturas. A Valle-Arce lo lee como un himno a «la gloria imperial de España» («Poesía, historia, imperialismo: *La Numancia*», *Anuario de Letras*, 2 (1962), p. 71); pero Willard F. King lo lee «as an epic poem of resistance to aggression by an imperial power», con los agresores romanos «obviously...playing the role of the expansionist Castilian empire» de los días de Cervantes («Cervantes' *Numancia* and Imperial Spain», *MLN*, 94 (1979), pp. 206 y 208). Ver también Carroll B. Johnson, «*La Numancia* and the Structure of Cervantine Ambiguity», en *Ideologies and Literature*, 3 (1980), pp. 75-94.

33. Estos caníbales recuerdan a los antropófagos de Aristóteles, aquellas tribus del Mar Negro, de los aqueos y ..., de quienes se afirmaba que «se deleitaban en carne humana» (*Política*, 1338 b 19, y *Ética a Nicomaco*, 1148 b 19 ss.).
34. Pese a que Garcilaso nos deja la impresión —antes de la mesiánica irrupción de Manco Cápac en los oscuros tiempos de los preincaicos— de que la totalidad del mundo andino vivía en un extremo estado de salvajismo, recientes estudios arqueológicos y etnohistóricos contradicen tales afirmaciones. Conrad y Demarest, por ejemplo, ven esta alteración de los preincaicos como parte de la «propaganda imperial del Cuzco», y como «la más flagrante mentira». No pretendo

Los antecesores de los Incas torturaban a sus víctimas, mientras los amenazaban con comérselos si estos infelices hacían cualquier «señal de sentimiento *con el rostro*» (I.1.11; subrayo). La «bebida de polvos» de Cervantes también tiene varios puntos en común con el «culto de las momias reales» entre los Incas. No es inconcebible que Cervantes hubiera oído el cuento, luego publicado por el Padre Bernabé Cobo (1653), de un ídolo en el Cuzco, una estatua del dios Sol, cuyo estómago hueco se llenaba con «una pasta hecha de polvo de oro mezclado con las cenizas o polvos de los corazones de los reyes Incas»³⁵.

¿Quiénes son estos bárbaros cervantinos? ¿Son americanos o son europeos?; ¿o una mezcla de ambos? El problema interpretativo gira aquí en torno a las «palabras mestizas» de Cervantes. El hecho de que sus bárbaros esperen «[a] un rey que conquiste y gane gran parte del mundo» (I.2) sugiere una posible alegoría de Carlos V, a quien Cortés describió como el «monarca del mundo». El humanista Pedro Mártir de Anglería, en sus *Décadas del Nuevo Mundo*, se dirige al joven Carlos V con la frase «el mundo entero le pertenecerá a Vuestra Alteza»³⁶. Un fraile español, relatando la versión imperial sobre la Gran Masacre de Cajamarca, elogió a Carlos V por su potencia y diligencia: potencia en las armas y diligencia en mandar un ejército «para conquistar el mundo»³⁷. Tal visión —compartida por muchos

buscar los motivos que llevaron al Inca Garcilaso a acusar a los preincaicos de canibalismo. No obstante, Roberto González Echeverría sostiene que el reconocimiento y la concesión personales del propio Garcilaso dependían de la confirmación de la nobleza de los incas. Esto, a su vez, dependía del correspondiente barbarismo de las culturas previas.

35. Citado por Conrad y Demarest, p. 115. Un jesuita que llegó a Lima en 1600, el padre Cobo, utilizó, como sus dos fuentes primarias, al Inca Garcilaso y al *toledano* Corregidor del Cuzco, Polo de Ondegardo. Pese a que el relato del ídolo puede ser apócrifo, los descubrimientos arqueológicos confirman las afirmaciones de Cobo, según las cuales los incas, en forma ocasional, hacían sacrificios humanos. Ver Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, ed. Marcos Jiménez de la Espada (Sevilla: Sociedad de Bibliófilos Andaluces, 1890-1895), 4 tomos; libro 13, cap. 5, 1890-95; tomo 3, p. 325. Ver también *Inca Religion and Customs by Father Bernabé Cobo*, trans. and ed. Roland Hamilton (Austin: University of Texas, 1990).
36. Pedro Martyr de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*. Ed. Edmundo O'Gorman; trad. A. Millares Carlo (Santo Domingo: Corripio, 1989), dos tomos. Ver el «Prefacio».
37. *Historia general del Perú, Obras completas del Inca Garcilaso de la Vega*, ed. P. Carmelo Sáenz de Santa María, S.I. (Madrid: Atlas, 1960), tomo 3, p. 50.

españoles que soñaban con un «suave yugo» imperialista— fue refutada por el humanista Francisco de Vitoria, quien dedicó una sección entera de su tratado *De Indis* (I.2.2.) a cuestionar la tesis de que el emperador Carlos V pudiera ser señor o monarca del mundo entero³⁸. La representación cervantina de lo que define a un bárbaro—su vanidad, sus profecías mesiánicas, sus esquemas providencialistas, sus corazones preocupados «con la ira y la venganza», sus sueños de un imperio global— tiene ciertas afinidades (me duele decirlo) con las estructuras del imperialismo español. Se podría afirmar que por la vía literaria—menos directa, más alegórica— Cervantes se acerca a ese grupo de españoles visionarios que generaron una crítica interna de su propio imperio; por ejemplo: Antonio de Montesinos, Francisco de Vitoria, Bartolomé de Las Casas.

Pero la crítica del imperio español parece ambigua en Cervantes. Lo bárbaro en la narrativa de la Isla Bárbara equivale al sueño imperial de un conquistador del mundo, ya sea europeo o americano. La estrategia de Cervantes es la *subversión* total de la dualidad europeo/bárbaro. La «gente bárbara» de Cervantes tiene pocas semejanzas con el «buen salvaje» de Montaigne, una *inversión* de esta dualidad. En su polémico ensayo sobre «Los coches», Montaigne presenta una denuncia de los excesos de la conquista española, oponiéndose a la postura eurocentrista del historiador López de Gómara, según el bien documentado estudio de María Antonia Garcés³⁹. Y en su famosísimo ensayo sobre «Los caníbales»—por medio de un elogio de los indios brasileños y una condenación de los europeos— Montaigne reconstruye la tradición historiográfica que pintaba al bárbaro como «el otro»⁴⁰. Sin elogiar ni condenar a nadie, Cervantes coloca al «otro»

38. Elliot, *Old World and the New*, pp. 84-85.

39. Ver María Antonia Garcés, «Coaches, Litters, and Chariots of War: Montaigne and Atahualpa», *JHP*, 16, 2 (1992), pp. 155 y ss.

40. En el discurso del Siglo de Oro, dicha categoría analítica estaba por lo general reservada a moros y judíos. El hecho de que tales minorías se podían asimilar a los habitantes americanos se manifiesta con una sola línea citada por López de Gómara, la descripción de ciertos indios de la provincia de Esmeraldas: «viven como sodomitas, hablan como moros y parecen judíos». Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias y Vida de Hernán Cortés* (Caracas: Ayacucho, 1979), p. 187. Ver Porras Barrenechea, *El Inca Garcilaso en Montilla (1561-1614)*, p. 230. Garcilaso respondió a este acto de racismo, en el margen de su edición del texto de

—al que califica de bárbaro— en la misma Europa. Ese «largo comienzo repelente» del *Persiles* nos muestra, en fin, una de las lecciones claves de nuestra época postmoderna, postcolonial: la inestabilidad de la categoría cultural de lo «bárbaro».

Me gustaría concluir estas páginas con un pasaje del peruano Pedro Basadre, quien describe el encuentro, en la América del siglo XVI, de dos tipos de «bárbaros»:

«Por su ignorancia del cristianismo, de la escritura, del dinero, del hierro, de la rueda, de la pólvora, de la monogamia, de muchas plantas y animales, los indios aparecieron *como bárbaros entre los españoles*. Por su destrucción de andenes, caminos, terrazas, templos, ciudades, graneros y tributos; por su rapiña, su crueldad, su lascivia y hasta su superioridad guerrera, los españoles aparecieron *como bárbaros entre los indios*»⁴¹.

Gómara, así: «pues ni son judíos ni moros sino gentiles». Ver también la opinión de Luis E. Varcárcel para quien «nuestro Garcilaso era un indio, era un hombre de color, un infiel, a la misma altura que un morisco o un judío»; citado por Juan Durán Luzio, en «Sobre Tomás Moro en el Inca Garcilaso», *Revista Iberoamericana*, 42 (1970), p. 351.

41. Todorov se pregunta quién determina qué es bárbaro y qué es civilizado: «Only one of the two parties to the agreement, between whom subsists no equality or reciprocity». Tzvetan Todorov, *The Conquest of America*, trans. Richard Howard (New York: Harper & Row, 1984), p. 150.